

LAS EDADES DEL LECTOR

Pedro Torres Curiel

Profesor agregado de bachillerato desde 1980, ejerce en el IES Rodrigo Caro. Premio Ricardo Molina (1981), Rafael Alberti (1987) y Ciudad de Torrevieja (2000), de poesía; y Ramón Gómez de la Serna (1990) de narrativa. Ha publicado hasta la fecha tres libros de poemas: Travesía del alba, El humo y los labios y El manantial furtivo, así como la novela Bajo la absolución de los árboles.

Es muy probable que a lo largo de nuestra vida la relación que mantenemos con los libros y la lectura experimente cambios profundos, sobre la superficie aparentemente monótona de la tarea. Me parece que en un principio, en lo que pudiéramos llamar la primera edad, buscamos en esa ocupación, sobre todo, el afán de vivir en la lectura, acordar nuestro pulso al ritmo furioso o melancólico de los personajes con los que confraternizamos, asomarnos en suma a otras vidas, que no dudamos en hacer la nuestra, para sumergirnos en nosotros y en ellas. Suele coincidir con la adolescencia de nuestra naturaleza, y es una de las muchas maneras en que tratamos de sorprender un gesto propio mirándonos de frente en los espejos con que nos topamos, como si los fracasos del protagonista relataran el mismo que sufrimos o sus victorias nos hicieran más conscientes del esfuerzo que costó cobrar las que nos corresponden. En las tardes del verano o en sus mañanas luminosas, al aire libre de una estación que también puede ser el otoño, bucear en la peripecia de Gabriel Araceli, los Rostoff, Julien Sorel o los seres atormentados que pueblan ciertos relatos de Poe, es introducirnos en el laberinto de la aventura, y si junto a ellos la vida se hace más intensa, más emocionante, más dolorosa e imprevisible también, la semilla de horas futuras frente a miles de páginas de las que lo ignoramos casi todo está echada.

La primera edad es la más intuitiva y responde a nuestro deseo -mejor, necesidad- de sentir y sentirnos, de experimentar todos los extremos de la pasión humana; en realidad, el escenario de la acción somos nosotros mismos. La egolatría de la adolescencia vampiriza latitudes, rostros, sucesos y aventuras a tal extremo que, por muy alejados que estén los escenarios, por muy extraños que sean los personajes, por más quiméricas o absurdas que resulten las situaciones, todo sucede en nuestro centro. No resulta nada sorprendente que terminemos por adorar ese mundo de fabulaciones casi inagotable y lleguemos a despreciar el entorno que nos sacrifica a un tedio insufrible..., exceso que cuadra muy bien con esa edad, toda ella excesiva en su padecimiento, como su nombre indica.

A esta edad se le pudiera llamar la del inicio del viaje, el espejo y la aventura, porque en ella salimos al exterior para encontrarnos a nosotros mismos. Es la más hermosa de todas, según opinión generalizada, porque la vivimos a golpe de intuición y de inocencia; nuestras escapadas son impredecibles, y a largas temporadas de inmersión en narraciones de centenares de páginas suceden otras de alejamiento, de indecisión, de inconsciente seguridad de que difícilmente volveremos a vivir una experiencia tan deslumbradora como la que nos deparó la última lectura, o de que vale más el esfuerzo por hacer tangible, y no legible, la verdad de nuestra existencia.

En ese viaje del lector, ya iniciado, llega un momento sin embargo -no muy preciso, es cierto- en que nos apercebimos de que el objetivo de llegar a nosotros mismos se hace inalcanzable. En ciertos aspectos volverá a ocurrir lo mismo más adelante, porque, como en la vida ocurre, la lectura es también un aprendizaje de la decepción. Para cuando comprendemos, de un modo por completo vago, que alcanzarnos constituye una empresa imposible y se hace preciso por tanto un cambio de rumbo, ingresamos en una segunda edad, la de los buscadores de la verdad, peregrinos del conocimiento. En esencia, de lo que se trata es de hallar cuanto antes un sentido a la propia existencia. Todos los afanes son buenos entonces si nos ayudan a lograr ese objetivo, aún más quimérico si cabe, pues el lector no se conforma con menos de una respuesta precisa, clara, hasta definitiva, la piedra filosofal acuñada en palabras que le resuma sin equívocos la proteica confusión del mundo en el que vive.

Yo diría que resulta bastante cómico observar cómo, a medida que uno se interna por esta senda inescrutable de la verdad, comienzan a exteriorizarse síntomas de una suficiencia incomprensible. Muy pronto, autores, citas, juicios descalificadores o laudatorios, pasan a esgrimirse como se blande un arma. En realidad, sin ser en absoluto conscientes, avanzamos ahora por el espeso bosque de la perplejidad; si fuéramos algo más perspicaces, o más humildes, nos daríamos cuenta de que a medida que nos adentramos en la espesura caminamos más despacio. Al principio nuestras conquistas eran batallas tan brillantemente ganadas que la euforia nos impedía percibir que, cuanto más adentro, como es lógico, más alejados nos encontrábamos del combate en campo abierto; finalmente, a lo único que nos enfrentamos son a escaramuzas. Hemos cambiado al Stendhal de Julien Sorel por el egotista, al Andrés Hurtado de don Pío Baroja por el Zaratustra de Nietzsche, al Stevenson de los mares del sur por el arduo mapa de recurrencias, simbologías y estructuras compositivas del *Ulises* de Joyce. Aún recordamos la grandeza de Tolstoi y, sobre todo, la simplicidad del mundo de Dickens, donde tan fácil resultaba identificar el mal y separarlo del bien; pero ahora se trata de encontrar la verdad que ponga algo de orden en este corral alborotado que llamamos mundo, y a ser posible nos comunique la lógica y la regla de oro a las que obedece el caos.

Para nuestra desgracia, casi nunca el claro del bosque se nos ofrece como María Zambrano nos lo dibujó, a menos que, como ella, creamos en la posibilidad personal de la experiencia mística, del conocimiento absoluto que es paradójicamente la absoluta desnudez. Buscamos una verdad más concreta, menos enigmática, y en esta su segunda edad el lector se adentra cada vez más en lo intrincado de un paraje pantanoso, lleno de trampas. Por supuesto hay hallazgos inolvidables, remansos del terreno donde parece que de pronto hemos llegado, pero sólo cuando comprendemos que esa verdad tras la que corremos no existe o es inencontrable en la forma en que la buscamos, definitivamente hemos llegado. Cuanto recorrimos ha servido para aprender algo que, casi con toda seguridad, sabíamos al principio. La segunda decepción está servida; sin embargo, no creo que haya quien se arrepienta de haber emprendido la travesía: conquistar una verdad que sólo se intuía no está al alcance de cualquiera. Quienes nos la han hecho saber pasan a engrosar la lista fundamental que desbroza el camino hacia la tercera edad, la de la hermandad del espíritu.

En la tercera edad del lector, que es la última que conozco, ya no corremos primordialmente en pos de la aventura, ni tras una verdad que soñamos que sea la

única. Sin duda, el tiempo nos ha obligado a ser más modestos y ahora sólo aspiramos a encontrarlos con quienes antes que nosotros hollaron el camino. A ellos nos unen lazos invisibles, son nuestros hermanos de espíritu. Quevedo habla de esta fraternidad en su admirable soneto *Desde la Torre*, donde nos dice: "Retirado en la paz de estos desiertos, / con pocos pero doctos libros juntos, / vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos. / / Si no siempre entendidos, siempre abiertos, / o enmiendan o fecundan mis asuntos, / y en músicos callados contrapuntos, / al sueño de la vida hablan despiertos". No hay forma más bella de decirlo.

Como ocurría con la segunda respecto de la primera, esta edad tercera contiene las otras dos, pero se ha limado buena parte de la egolatría y la aspereza, no en vano coincide con el momento de la madurez, ese periodo álgido, según se afirma, en la evolución intelectual de los seres humanos. La lectura es ahora más que nunca conversación, como nos dice el poeta, y eso es lo que más nos importa, la capacidad de diálogo con nuestra vida a la luz de las palabras que dejaron vidas ajenas, tan iluminadoras de la peripecia propia. Una enseñanza se convierte en un lugar de encuentro, y una coincidencia produce el gozo de participar en uno de esos raros momentos que la vida ofrece, alrededor de una conversación amigable, una botella de vino y nada urgente por hacer. Revisitamos a quienes nos ayudaron a llegar hasta aquí y es posible que la compañía de algunos ya no nos entusiasme, aunque muchos otros nos brinden la posibilidad de devolvernos al joven que fuimos, trayéndonos aquel espejo o una pequeña verdad que sembraron y recogimos en el camino.